

# Notas para abrirse paso al abrirse-paso de la traducción

Manuel Fernández

En uno de los primeros envíos de textos que se hicieran, y valga aquí hablar de envíos y trasferencias postales, para el emplazamiento del seminario sobre traducción que antecedió al modo de un negativo la elaboración de este coloquio,<sup>1</sup> se hallaba un número de la revista Grifo el cual principia con un texto de Alejandro Madrid, traductor como se ha de saber, de Derrida, de Rancière y de Badiou entre tantos otros, al que aquí me gustaría atender y trastocar, espaciando y desviando en lo posible su trama.

*Traductio, traslatio*<sup>2</sup> comienza preguntándose sobre la fidelidad al original, abriendo la aporía interna a la traslación significativa de una lengua a otra. Si acaso es posible (y cuál el modo de tal posibilidad) concebir más allá de un oriundo idealismo metafísico la igualdad de una desigualdad, la identidad de una diferencia, la de dos lenguas distintas que anularían su disparidad para ceder el paso a un *traspaso* transparente e inteligible del sentido, de la significación. Madrid hace emerger allí, a despojo y revisión de un estructuralismo lógico como el de Frege, la alusión al estatuto teórico de un tercer término en el que se jugaría la problematicidad histórico-filosófica, y a decir más, onto-teleológica, de la traducción. De ahí que parta a la revisión de la genealogía, para nada menor, de una pista etimológica que uniría el encadenamiento, la atadura o el lazo, entre tradición-traducción-y-traslación.

Pues en efecto, en un texto del mismo nombre, "Tradición, traducción y traslación", Antoine Berman, analizando a su vez un texto Hanna Arendt, hará notar que "traducir" es un término de origen latino que se ensamblaría a una lógica y a una *política de la fundación* bosquejada en la cultura greco-romana. De dicho modo la vocación de la "traditio" correspondería al lazo o a la declinación de un origen fundante, origen como fundación en el que la cultura y la historia encabalarían su más continua expansión. A ello se unen otros dos términos, la "auctoritas" y la "augmentatio", los cuales determinarían el carácter y la fuerza de la autoridad, patriarcal y falocéntrica como se estimará, por el caudal de aumento a este origen de suelo fundacional.

---

1 Dicho seminario tuvo lugar durante el primer semestre de este año, 2013, en la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. La iniciativa y realización del mismo se deben a Andrés Ajens (quien me cediera la invitación a participar), Ivan Trujillo y al Núcleo de Investigación de Sociología del Cuerpo y las Emociones.

2 Alejandro Madrid, "Traductio, traslatio", Revista Grifo, N° 21, Julio del 2011, Santiago de Chile, Escuela de literatura creativa Universidad Diego Portales. Vale mencionar que la versión de dicho texto había sido previamente publicada en la revista *Vértebra* del Instituto de Letras Pontificia Universidad Católica de Chile.

“Trasladar”, en dicho sentido, tendría una incorregible relación al epítome de la fundación y de su constante aumento como proliferación interminable de la arjé. De ahí por tanto que la traducción esté anudada, casi indiscerniblemente, a una expansión sin límites en el interior de una tradición: que sirva a ella con una incondicional fidelidad atada a su *prematuration*, que desde luego, como se ha de esperar, estaría más allá de la potestad de su inflexión consciente. Teniendo a fondo, como tarea o “misión”, establecer, restablecer o aumentar, la estratificación de los cimientos de una cultura, dando paso así al continuo pasar de una continuidad de herencia y tradición. Lo que, si vale pensarlo de otro modo, trama una especie de *misiva hegemónica* que tiene como función propia (propiedad apropiativa de su fundación) la gestación la su(-)misión, la de aquella temporalidad lineal y continuista de un pasar que no es neutral en cuanto a configuraciones de poder se trata.

Habría *un* legado, legado único del fundamento –legado o *misiva* del Uno- en el que absolutamente toda transferencia de sentido, toda práctica de traducibilidad, estarían determinadas, sino acaso *sobre-determinadas* en arquetípica y última instancia, a la referencialidad de un fundamento ontológico-trascendental, el de un *logos* estructurante como primado de subjetivación, Razón y Cultura. Esto es lo que esclarece de manera soberbia el texto de Madrid, al menos en la traslación y selección que aquí me permito; la lógica de un fundamento onto-teleológico en cuestiones de traducción, que co(r) *responde* (pues, mirado por otro fondo, es del poder y la potencia -del poder o la potencia- del tener-lugar de la respuesta de lo que se trataría en cuestiones de herencia y misiva) a la historia de la razón como un *continuum* histórico y logocéntrico, o dicho de otro modo, como ya lo anticipara Ajens, una metafísica de la traducción en Occidente.

Por otro lado, segundo envió y juego de enlaces significantes. La exposición que Ajens nos concediera en los albores de la escena aquí dispuesta, apremiaba pensar la complejidad sin fondo de la Traducción (esta vez signada por la musculatura de la mayúscula como garabateara el mismo) ya extraída o confrontada, extrañada o extirpada a la lengua metafísica. En ello, otra cadena tripartita estaría dada esta vez entre traspaso-transporte-y-tras(n)lación. El punto que me parece en esto del todo crucial y que merodea los tres términos de este lazo problematizante, es el de la figuraciones y transfiguraciones de la noción de paso y no-paso, de un cierto límite o frontera, al que no habría que darle demasiadas vueltas para situar en un plano geopolítico, lingüístico y sociocultural. Y de eso también hay en *lo que* hay en las cuestiones del pasar, más aun cuando cabe pensar la cuestión del “inter” de la interculturalidad en las relaciones de fuerza que la afrontan y anexionan, bien pugnablemente, a la matriz fundante de la Historia Occidental. Ajens, recaía en dicho momento en *Canallas* de Derrida para invocar la fuerza de las nociones de “aporía” y el acontecimiento de una “desición interruptora” que desarticulaban las relaciones de lo Mismo y lo Otro, es decir, y esto con el sumo de un cuidado donante de la letra cuya operación se da a entender de una manera estrictamente no-dialectizable ni domeñable a la encajadura del concepto, lo que hay de las relaciones del Uno y su alteridad.

Ahora bien, si acudimos al texto de *Aporías* de Derrida (al menos 6 años anterior a *Canallas*) notaremos que allí ya se están enjundiendo en una lectura que tiene a Heidegger y a la analítica existencial del ser-para-la muerte como “estructura fundadora del fundamento” como su tema sin salida, las cuestiones del fin, del límite como límite del pensamiento, de la frontera, de la línea y del paso. Y advengan allí, todos los tra(n)spasos y tra(n)slaciones del caso. Derrida en dicho texto privilegiará para este problema la raíz etimológica de “peras” antes que la más reconocida y patente en la historia de la filosofía, esta es, como bien es sabido, la del “telos”. La traducibilidad de “peras” le dará a Derrida la posibilidad de encadenar los términos significantes de “paso”, “aporía” y “problema”, teniendo este último una significación no convencional, asociándose a lo que es aquí el asunto crucial, a saber, la

relación a una *divisibilidad de la línea* y al paso penetrante que franquea los límites de un reparto fundante.

Una cuestión que emerge anudada con esto último es lo que acopia a las dos cadenas tripartitas a las que atendíamos con anterioridad. Bien se podría llegar a hilar conjuntamente y tender una misma amarra sobre ellas haciendo comparecer la complejidad que cada "término" (cada terminal de elementos significantes, si se quiere), o mejor aún, cada "límite" (en el entendido de ser un elemento como instancia fronteriza, limítrofe) tiene con sus genealogías, sus re-misiones, sus muertes, sus memorias y legaciones. De tal modo la lía (y el lío) de la linde entre traspaso-transporte-tras(n)lación-tradición-traducción, su juntura (que desde luego ameritaría un análisis mayor que el aquí dispuesto), estaría contorneada en lo hondo por la articulación entre fundamento y temporalidad, *tras el porte de su paso* y el devenir de sus sentidos.

Subido al bote de lo crucial, la línea de tal cadena franqueada habría de ser pensada en tanto que figura de borde, en el tejido de su ser diviso y membrado por lo hilado, por lo tra(n)stornado en el pasaje hilachado por la intimadura de su problema. Es de este modo, al tenor de la indecibilidad interruptora de la apertura aporética como se hace visible el boyo de la cosa tejida. A la metafísica de la Traducción (y al trasero de su onto-política) le estaría unida la mismísima posibilidad de lo que articula y amenaza la *ipseidad* de la conciencia subjetivante, o del ser-uno consigo mismo como síntesis de un yo que se haya espaciado en la travesía de un cierto pasar.

*"Hay problema [nos dice Derrida] desde el momento en que la línea de la linde se ve amenazada (...). Hay problema desde el momento en que esa división intrínseca divide la relación consigo misma de la frontera, y por consiguiente, el ser uno-mismo, la identidad o la ipseidad de lo que sea";<sup>3</sup> "El 'yo entro', al pasar el umbral, el 'yo paso' (peraô) también nos pone, por así decirlo, sobre la pista del aporos o de la aporía: lo difícil o lo impracticable, aquí, el pasar imposible, rechazado, denegado o prohibido, incluso el no-pasar, un acontecimiento de venida o de por-venir que ya no tiene la forma del movimiento que consiste [ya simplemente o vulgarmente] en pasar (...): en resumidas cuentas, una venida sin paso"(subrayado propio).<sup>4</sup>*

Esta "venida sin paso" como *experiencia* de un "no-pasar" es lo que cavila y recoge la aporética misma de la espectralidad. Del mismo modo, podríamos llegar a decir, más allá y más acá de lo que esto quiera decir, que se trata de una modulación trastocada sobre el límite mismo de la "diferance".

Pues bien, quisiera acentuar lo que enunciábamos previamente, que la síntesis de un yo y de un sujeto cualquiera en la apropiación más certera y propia de su *ipseidad* se hallaría como pactada finitamente a la trama de un espaciamiento de tiempo que le da lugar. Dicha cuestión, dicha(-)dimensión, o más aún, "dichame(a)nsión" como dimensión de lo dicho como gustará decir a Lacan, no se jugaría en otro sitio sino en la lengua misma, o antes bien, en la "escritura" —en el modo no restringido y sin reservas que la deconstrucción la concibe: llena de un parasitaje no saturable de huellas, prótesis y residualidades de todo orden. Allí (en el ahí) en donde el tiempo se inerva como economía de la escritura, ahí (en el allí) es donde se jugaría el exceso de las aporías de una cadencia ritmada que desarticularía cualquier herencia liada a la atadura de lo trascendental.

3 Jacques Derrida, *Aporías*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 29

4 *Ibíd.*, p. 25

Por entonces, en la lengua o en la *escritura* es donde se (con)jugaría(con) la posibilidad diseminante de una herencia donante de los desgajos de la alteridad. Y si acaso tal cosa tiene siquiera cabida en lo posible, vale pensar que su lugar estaría donado en la fragilidad su con-tener como un más allá de la fidelidad del sentido, que es también, un más allá de la verdad en el movimiento de su co(r)respon-dencia de originario origen, y un más allá de la presencia ausentada en el aumento perpetuado del valor de la forma-presente.

En tal disposición, si vale el arribo de recoger los gajos de lo fallido y sopesar una posibilidad que ha sido originariamente denegada y forcluida en su en “cuanto tal”, ha de ser esta como un desfallecimiento o una desgarradura cercana a lo Real, algo así como lo que no responde en la hendidura, como la experiencia que se presta a dar lo inasible de sí en el pasaje de un acontecimiento sin ruta ni llegada. Ocurrencia posada en su fisura, sin plenitud ni claridad de semantemas, arribo de una pura llaga que no para de (no)llegar y que devanea su paso en el acullá de un umbral. O al contrario. A de vérselas también, pues no hay que desatender y flojear el reverso patente de negatividad que se posa, virtualmente, en la instancia de una *modulada espiritualidad* (a propósito de esto Patricio Marchant hablará incluso de “racismo espiritual”), esto es, de ser la acumulación emulada y re-territorializante de un origen que se da como iterabilidad con pulsiones de cimientos fundadores y sentidos que dan prisa a la tradición en tanto que *nudo* de identidad.<sup>5</sup>

Si retomamos ahora los filos anudados precedentemente sobre una metafísica de la tradición/traducción de Occidente, de su metarrelato historologizante, habría que decir que esta tiene su expresión, o su “dichame(a)nsión”, en la cadencia de una marcha dominante, en el “paso soberano” de la Razón como un andar temporal del progreso, que es, así también, algo así como la caminata del límite, el desenvolvimiento de un fin que se dirige hacia lo mejor acumulando infinitamente las singularidades de vidas finitas en las arcas de un Saber absoluto y Universal. El porvenir de este despliegue tempóreo del tiempo, la linealidad de su *continuum* o el “andar su límite”, es el que tomaría la forma, para el logocentrismo humanista, de un porvenir en el que se destina la universalidad de lo Uno en lo humano como autenticidad de una ipse hipostasiada, tra(n)slada e inscrita en lo escritural.

Para dar un giro, un tropo, un paso o un desvío más, me gustaría hablar (por poco que sea) de lo que es la complejidad del asunto de la traducción al interior del aparato psíquico concebido por la metapsicología freudiana del Inconsciente. En su temprano texto, *Freud y la escena de la escritura*, Derrida realizará una radicalización de los conceptos freudianos que se hallan atados a la clausura de la metafísica de la presencia, conceptos todos que se hallarían aun anclados en su funcionamiento a las determinaciones de la filosofía como *episteme*, como historia y cadencia de la Razón, “andar de su límite”, marcha o andadura de la teleología. Estos serían entre otros, el de “huella”, el de “retardamiento” o “demora”, el de “Inconsciente” mismo, y del que aquí atenderemos con perturbada

---

5 “Espíritu” consignaría aquí, irrecusablemente, al bien soberano de Europa, a la propiedad de su nombre como nombre propio y a la propiedad de su ser en tanto que unidad soberana y voluntad política de una tradición como tal. Tradición o herencia espiritual que las filosofías humanistas se han encargado de reproducir, conservar y aumentar, imprimiendo en ello una ejecutoria de exclusión sobre todo lo que no sea ella misma. Otras escrituras o graffías que no sean el discurrir único de su andar. Dicho esquema sería común, particularmente en el análisis de Marchant a tanto a Hegel, como Husserl y Valéry: “Incapaz de pensar otra cosa a que pensarse así misma”, “Por ello, el ‘racismo espiritual’ europeo consiste en el engeguamiento ante el origen de su propio Discurso y, desde la pretendida superioridad que le da este engeguamiento, desprecia y no quiere oír el discurso del otro, ese otro más arcaico que él” [Patricio Marchant, “‘atópicos’, ‘etc’, e ‘indios espirituales’”, *Escritura y temblor*. Metales pesados, Santiago de Chile, 2000, p. 412]

atención; aquel que se inscribía ya tempranamente en 1895 en el *Bosquejo de una psicología científica* y que determinaría algo así como la rotura del psicoanálisis en la autonomía de su despliegue, la misma que tiene su desarrollo tardío en *Más allá del principio del placer* (de 1920) y que llegará hasta la *Nota sobre el block mágico* (5 años después), ésta no sería otra que la noción, y la problemática -que en tanto “problema” demarcará la cuestión de la linealidad línea- del “abrirse-paso”. El cual, si se recogen los gajos de lo torcido aquí, iría a dar con una lógica de la temporalidad y la traducción en la grafía de la maquinaria intra-psíquica de la escritura. Para Freud, baste aclarar, la estructura del aparato psíquico, con pulsión, memoria, percepción y todo incluido, antes de que esté fonolingüísticamente estructurado como un lenguaje, se asemejaría -de manera no metafórica sino más bien operacional- a una máquina de escritura.

El inconsciente es ya de por sí “maquínico”, se podría decir con Deleuze y Guattari. Pues bien, en la operación de lectura de Derrida la irrupción freudiana, en dicho sentido, yacería en pensar la metáfora del camino, del *abrirse-paso* como penetración de una “vía rupta”, de una torcedura suplementaria de las huellas que producirían algo así como el haber mismo de su inscripción. Sin origen pleno y sin una esencia subjetivante que como mediación intencional de un querer-decir confabularía el reencuentro y el reenvío a una presencia simple, la producción de un espacio de inscripción admitiría la periodicidad misma de su desaparición.

Fort-da, *espacio fractal*, ya que el trazado de la vía conductora como superficie de inscripción del abrirse-paso sería ante todo *violencia* y *resistencia* ante la fractura de una vía rota, quebrada y partida, escindida por la rotura de una partición. Esto es lo que se da en el doble movimiento como inscripción de una borradura y aparición tachada de la tachadura en toda grafía mnémica en el interior de la vida anímica. Instancia de un desvío como retardamiento en el que el *deseo* queda investido por el rodeo que aplaza y difiere cualquier consumación. Ya que: “*la vida psíquica no es ni la transparencia del sentido ni la opacidad de la fuerza [ni lo uno ni lo otro], sino la diferencia en el trabajo de las fuerzas. Bien lo decía Nietzsche*”<sup>6</sup>, no habría posibilidad de una satisfacción plena del goce, la libido estaría diferida en su imposibilidad en lo que es una “resistencia” que permite y “da paso” a los restos y a las pérdidas, que como una falla suplementaria abrirían la vía de una rotura que es, sin más, lo que Derrida llama desde la *La gramatología* (si acaso no antes) el espaciamento de tiempo de la diseminación.

Pues bien, algo de la traducción ya está en juego allí, en la protección que modula la estructura de la represión como instancia de una repetición diferida de la diferencia. En ese *conatus* de vida que como un esfuerzo de protegerse a sí misma ante la potencia amenazante de la destrucción o de la desaparición, difiere y retarda todo origen presente manteniendo una “reserva”, por siempre iterable, más allá del pasar único de ese peligro inexorable. Es “*por eso [dirá Derrida, que] hay que entender ‘originario’ bajo tachadura, si no fuera así se derivaría la diferencia de un origen pleno. Es el no-origen el que es originario*”.<sup>7</sup> De ahí, se habrá de seguir, que la cuestión del origen como fundamento queda desarmada, o desmantelada, por el entreverado de fuerzas que hace visible la tachadura.

Se dirá por otro lado que Freud se halla traduciendo constantemente los códigos y los términos de la onirocritia de la escritura onírica. La interpretación de los sueños, freudianamente concebida en este sentido, con sus figuraciones tropológicas de “condensación”, “desplazamiento” y “sobredetermina-

6 Jacques Derrida, “La escritura y la diferencia”, *La escritura y la diferencia*, Anthropos, España, 1989, p. 277

7 *Ibíd.*, p. 280

ción", no sería sino el trabajo de un desciframiento, de una traducción y traslación de un trabajo a su vez pulsional de la máquina de escritura. En esto, vuelta al tope de lo que cabe como posibilidad patente de una restitución al origen sin tachar, de aquella "tarea" (misión o misiva) dominada por una onto-política del fundamento en la que el deseo queda relegado al trabajo de desciframiento, de sustitución y traducción al plano comunicante de sus filamentos en términos de una estructura significativa, esto es, de los signos de plenitud que lo sobredeterminarían aumentando de dicho modo, se lo sepa o no, los caudales de la *ousía*. Y Freud no pocas veces calló en dicho reduccionismo traductológico. Aún así, más allá de ello, más allá de esta tra(n)slación *sin daño* de los códigos y elementos significantes de lo Inconsciente al Preconsciente, y en dicha (topo)lógica, a la aprehensión de un ego intencional, dueño de sí y de su saber en el Sistema Consciente, la metafóricidad del abrirse-paso imprimiría el principio del desvío diferidor y suplementario en el que todo empieza con la reproducción sin original, todo comienza con la iteración de una torcedura abierta como lisadura llena de residuos, pérdidas y despojos. Tachado, por tanto, el fundamento de primariedad. A esto último, en el diferencial de fuerzas que lo constituye, Derrida lo llamó un "impoder" del abrirse-paso, un impoder en el que la transgresión es primera, y esto también quiere decir (más allá, por supuesto, de todo querer-decir), que la traducción ya no permite ser pensada como una transparencia neutra, sino como la promiscuidad de una desviación (y entiéndase en ello, quizás, el goce habido en la errata de la suplementariedad) que perturbaría el paso al límite como "experiencia de un no-pasar", como abrirse-paso de un *poder de la imposibilidad*, que como "impoder", cavila la multiplicidad torcida de la traducibilidad, esta vez (cada-vez-una-sola-vez) en el sudor contaminado por la exterioridad de la diseminación.

*"La fuerza produce el sentido (y el espacio) como mero poder de 'repetición' que habita en ella originariamente como su muerte. Este poder, es decir, este **impoder que abre y limita el trabajo de la fuerza inaugura la traducibilidad**, hace posible lo que se llama 'el lenguaje', transforma el idioma absoluto en límite desde siempre transgredido"* (subrayado propio).<sup>8</sup>

Esta misma problemática la podríamos encontrar en *Firma, acontecimiento y contexto*, en el que Derrida deconstruye el campo semántico de la comunicación, pensando ya la propagación, el injerto o la contaminación de un desplazamiento de fuerzas diferencial, fuerzas no discursivas que andarían por fuera del régimen de la representación. Sea esto dicho al pasar, lo remarco como un momento relevante de la complejización de la noción de Escritura. Quisiera por ahora caer, o más desacomodadamente "cojear" por muy mínimo que sea, en la "estructura de la *lettre*" en la *Tarjeta postal*. Pues sí, desde aquel texto sobre Freud, desde su *puntualidad* de pasos abiertos, abría que señalar que la deconstrucción no solo queda como impregnada o marcada tajantemente por la reformulación del concepto de huella en "archihuella", así como de las desviaciones, rodeos y retardos, a destiempos de la "nachtrachlichkeit", sino a su vez por aquello que se acobia en la inyunción (sin interioridad) de ellos mismos, a saber, la problemática del "abrirse-paso" en el que la escritura se abriría hacia una donación diferencial. Digamos a lo menos que la noción (¿fuerte o débil?) de "aporía" tiene mucho en deuda con los pasos abiertos de la relectura de Freud. De ahí que se halle latente en la discusión con la otra, la "gran" relectura freudiana del psicoanálisis, la de Lacan mismo. La cuestión se halla encantada (acotando una discusión inmensa, se me perdonará) por la partición de un reparto de las cartas, un pliegue de las huellas en la que la letra -y esta es la encrucijada que liaría el diferendo entre Derrida y Lacan- "debe soportar su más fatal partición". Contrariamente a lo que Lacan profesa, en este caso a los ojos de Derrida, y que con tanta seguridad expresa como el "recto camino" o el "trayecto propio"

8 *Ibíd.*, p. 293

del encadenamiento significativo, cosa la cual se halla enlazada a los motivos logocéntricos y metafísicos de una restitución del lugar de origen, de un remitente legítimo y de una destinación unívoca (entre otras teoleolo-filiaciones), una carta podría no llegar, y así, no circunscribirse a la circularidad del sentido propio y verdadero, al conservadurismo de una *partición fundamental* que se da como idealización de la letra (de la misiva y del paso) encastrada a la indivisibilidad.<sup>9</sup>

La atadura del desfiladero del encadenamiento significativo de Lacan, restringiría en tal sentido a la letra, tanto en su materialidad ficcional como en el envío postal de sus tardanzas, desvíos y roturas, a permanecer indivisible e idéntica consigo misma, denegando así el paso a la operación del abrirse-paso. Con todo, la resistencia restrictiva de la carta a su pérdida y su no llegada, reenviaría la cuestión de la destinación hacia la correspondencia entre fundamento, temporalidad y develamiento de la verdad. Cito como sólo un ejemplo, Función y campo de la palabra de Lacan: “*el análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de la historia en su relación con un futuro*”.<sup>10</sup> Contrariamente a ello lo impreso en esta fuerza parásita de la letra en la diseminación es la potencia de un incondicional devenido multiplicidad, una “torpeza” estructurante que permite la posibilidad de la no llegada, de la “mala dirección” o de las mil caretas de esta aporía que se reserva como experiencia de la imposibilidad, como “venida sin paso” y que se tañe al horizonte de la destinación en su relación con cualquier/radicalmente otro. En otras palabras, fatalidad inmanente a toda letra, a toda huella, a toda escritura que no aleja nunca la posibilidad de su partición y su reparto, de su estar en falta consigo misma y de fallar a la exactitud de cada llegada, de cada encuentro, que sería también, valga decir, el entreverarse de la Traducción. Derrida concedería en este sentido la “torpeza” de uso de toda letra, y en ello, la imposibilidad de un Juicio (con armónicos kantianos) sobre la mala traducción.

Ya lo dirá de otro modo de una manera aún más radical en el *Monolingüismo del otro*, y con esto, me torno e intento atinar con la errancia torcida del sino de este escrito, de su escindida partición.

9 “Cuestión de la letra, cuestión de la materialidad del significante (...): la letra volverá a encontrar siempre su lugar de propio, una falta circunvenida (no empírica, ciertamente, sino trascendental, es aún mejor y más seguro), estará allí donde habrá estado siempre, habrá debido estar siempre, intangible e indestructible a través del rodeo de un trayecto propio y propiamente circular” [Jacques Derrida, “El cartero de la verdad”, *La tarjeta postal*, Siglo XXI, México, 2001, p. 400]

10 Jacques Lacan, *La lectura estructuralista de Freud*, Siglo XXI, México, 1971, p. 119. Mirado desde la deconstrucción yacería en Lacan (al menos en un cierto Lacan que aquí remite a los *Escritos*) una pulsión de encajonada con nociones y posturas pertenecientes a un análisis aún cercado por la clausura metafísica, y acaso quizás más definidamente, por una onto-teleología política del fundamento. Aquella que aglutina la *hiencia* y al sujeto escindido en su relación al otro hacia el cuño de un pensamiento que hace de la función del lenguaje, en el crespado de la intersubjetividad, un remitente del *logos* como *aletheia*, del origen como castración, de la ley y de la respuesta. Mencionábamos al pasar en las antípodas de este ensayo que habría una cuestión peliaguda de pensar en cuanto a herencia, tradición y temporalidad en términos de “misiva” como tal. Pues, en efecto, y ya redoblando el asunto con Lacan, habría algo así como la “tarea” del despliegue onto-teleológico que tiene como posibilidad y soporte la estructuración de la respuesta como correspondencia en el orden de la palabra y el lenguaje. No hay continuidad cultural ni política del Espíritu sin lenguaje. De ahí la juntura indecisa de lo que sería algo así como la *co(r)respondencia* en las lindes de la traducción. Lugar en el que se daría a correr la problemática de la relación a la alteridad como estructura de letra o carta postal, cuyos pliegues en Lacan, permanecen (al menos en el rostro de los *Escritos*) mayormente intra-metafísicos. Como una muestra de aquello: “*el lenguaje humano constituiría pues una comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida, fórmula que nos bastó con adoptar de la boca del objetor para reconocer en ella el cuño de nuestro propio pensamiento, a saber, que la palabra incluye siempre subjetivamente su respuesta*”. (Ibíd., p. 116)

“El monolingüe del que hablo habla una lengua de la que esta privado (...), **se ve arrojado en la traducción absoluta**, una traducción sin polos de referencia, sin lengua originaria, sin lengua de partida. **No hay para el más que lenguas de llegada**, si tú quieres, **pero lenguas que** –singular aventura- **no logran lograrse, habida cuenta de que ya no saben de donde parten, a partir de qué hablan y cuál es el sentido de su trayecto**. Lenguas sin itinerario, y sobre todo sin autopista de no sé qué información”; “Como si no hubiera más que llegadas, por lo tanto acontecimiento, sin llegada”.<sup>11</sup> (Subrayado propio)

---

11 Jacques Derrida, *El monolingüismo del otro, o la prótesis de origen*, Manantial, Buenos Aires de Argentina, 2009, p. 101. Transcribo la nota del traductor, Horacio Pons, puesto que solicita bastante de lo que dio a pensar en la inflexión de este aquí: “Habrá que tener en cuenta los diferentes significados del arri-ver utilizado en el original. Llegar, en primer lugar, pero también suceder, **ocurrir, pasar**, y lograr en el caso de arri-ver à. De manera que la arri-veé podría ser ‘lo acontecido’, y sans arri-veé tener el sentido de ‘sin cosa ocurrida’, pero igualmente ‘**sin suceso**’ (logro, éxito). Traducción que avanza a tientas, fantasma entre las sombras” (subrayado propio). Y como un final, un corte o un término no es solo uno, desperdigado dejamos el fragmento de un poema de Gabriela Mistral que para la deconstrucción marchantiana asoma lo vital de la estancia/la escritura latinoamericana. Una de las otras otredades silenciada y desaparecida heralda de fondo espiritual. Tal poema rasgaría el palabreo de un viaje que no tuvo su tener-lugar, balbuceo de un relato que por derrota habida ante la gran Historia en simpleza rota no llegó a fincar. “De la jornada a la jornada/ jugando a huerta, a ronda, o canto,/ **al oficio sin Maestro, / a la marcha sin camino, / y a los nombres sin las cosas/ y a la partida sin el arribo/ fuimos niños, / inconstantes y desvariados**” (subrayado propio), [Patricio Marchant, *Escritura y temblor*, p 373]